



# MOVIMIENTOS VECINALES, ONG's Y SOLIDARIDAD

*César R. GALAN*

**Recientemente el profesor Víctor Pérez Díaz publicaba un artículo titulado *La emergencia de la España democrática: la invención de una tradición y la dudosa institucionalización de la democracia*, cuya línea argumental básica era la «invención de una nueva tradición democrática» en la España contemporánea como resultado de una mezcla de forcejeos y entendimientos entre la sociedad civil y las autoridades públicas, desde los años 50.**

**E**sta transformación tiene como referentes un proceso de acercamiento, imitación e identificación de los españoles con los ciudadanos europeos, con sus instituciones y su manera de vivir, de un lado, y, de otro, con la reconstrucción en el terreno simbólico de

una nueva memoria colectiva, de una nueva identidad de España en base a un conjunto de textos sagrados, instituciones ejemplares, mitos, ritos, etcétera, cuyo referente último es la consideración de la guerra civil española como una «tragedia nacional».<sup>1</sup>

El proceso, que ha durado casi 40 años, ha permitido una transición relativa y todavía en curso desde «la España tradicional a la España moderna, desde la católica a la secular, desde la autoritaria a la liberal». El cambio desde el régimen autoritario a uno democrático «ha tenido una primera fase de transición donde se han establecido las reglas básicas del juego, es decir la ley, un segundo proceso de consolidación», que ha transformado la ley en norma, permitiendo que la democracia se asiente sin las amenazas de una agresión exterior o interior y que «en estos momentos, se sitúa en un proceso de institucionalización, de interiorización de los valores y las reglas implícitas en las instituciones democráticas, en esa especie de sabiduría tácita de los ciudadanos, que se adquiere tras un período de ejercicio sostenido en la autodisciplina y en el esfuerzo moral».

Institucionalizar la democracia implica, para V. Pérez Díaz «avanzar en nuestro país en la esfera del debate público, esfera que no pertenece exclusivamente al Estado ni a la clase política, en la que confluyen la sociedad civil y los responsables políticos, posibilitando que se adquiriera el carácter de miembro de la sociedad civil, el carácter de ciudadano y no de mero individuo privado».

El proceso de institucionalización de la democracia en el ámbito de lo social demanda, entre otros aspectos, un debate sobre el papel y el significado actual de los movimientos vecinales, de los movimientos sociales urbanos, como espacio de fisura y conflicto en lo social por el que surgen y circulan nuevas demandas y necesidades sociales, y un debate riguroso sobre el papel de las nuevas Organizaciones No Gubernamentales, de las redes de tejido asociativo que empiezan a consolidarse en nuestro país.

## Los movimientos sociales urbanos

El concepto de movimientos vecinales, de movimientos sociales urbanos, tiene múltiples significaciones.

Para quienes analizan los movimientos sociales en relación con los ciclos de conflictividad obrera y las ondas de desarrollo económico<sup>2</sup>, la aparición de nuevos movimientos sociales tiene que ver con el reflujo de un ciclo de protesta obrera producido con anterioridad que ha atravesado las fases de ascenso y cénit, el reflujo de una fase de movilización que se extiende mucho más allá de sus límites. Para los citados analistas son movimientos de carácter interclasista, cuya protesta se articula en torno a objetivos civiles ajenos a la atmósfera industrial. Suelen ser los sectores de la sociedad que en el transcurso de la depresión han quedado excluidos del mercado de trabajo y de todo sistema de garantía, lo que hace que estos movimientos emerjan y estallen cuando se han encontrado en lo más profundo de la crisis (jóvenes, inmigrantes...).

Para quienes operan con enfoques estructurales<sup>3</sup>, para quienes analizan el «contexto» que hace emerger los movimientos sociales urbanos, solamente considerados como tales en la medida en que las reivindicaciones urbanas alcanzan un nivel de potencialidad política que pueden modificar la realidad de cada país, los problemas de desigualdad profunda, de hábitat, vivienda y urbanismo, de carencia de infraestructuras sociales, etcétera, son los desencadenantes de movimientos que nacen y surcan todo el entramado social.

Para los que hablan de los actores sociales<sup>4</sup>, de subjetividades e intereses, desde una perspectiva de relación entre el Estado y los ciudadanos, dichos movimientos se plantean no como un espacio de poder equilibrador y compensatorio sino como espacios autónomos de convivencia alternativa. Surgen en diferentes campos de de-

fensa de lo público frente a las variadas formas de gestión privada, pero ya no apelan a la intervención del Estado sino que reivindican la autonomía y autogestión, ya no hablan de progreso y de futuro sino que quieren organizar desde este mismo momento una vía diferente.

Si se observa la preocupación de analistas y responsables políticos por el papel de los movimientos urbanos en la última década, se percibe una experiencia múltiple.

En Europa, en el centro y norte, se observan tres grandes modelos de movimientos urbanos:

- \* los de los 60, los de las luchas urbanas orientados por la extrema izquierda que han declinado en importancia y se han deteriorado en algunos casos hacia la violencia terrorista;

- \* los movimientos de ciudadanos en busca de una revitalización de la democracia de base, del poder local, de la lucha por mejorar el medio ambiente, que han originado nuevas formas de militancia como «el movimiento verde»;

- \* los movimientos típicos de la era post-industrial que insisten en el papel de los sujetos, en la conjunción de la creatividad individual y colectiva, en el esfuerzo por desarrollar acciones democráticas combinadas con innovaciones culturales<sup>5</sup>.

La agudización de los problemas de hábitat y vivienda (*squatters*), de especulación financiera, de expansión de la ilegalidad y de presión sobre el medio ambiente, vuelven a ser los desencadenantes de nuevos movimientos en diferentes regiones europeas (véase la política de renovación social en Holanda, de contrato-programa en Francia, de barrios preferentes en Inglaterra).

En los países anglosajones y de habla inglesa son varias las tendencias. En Estados

---

***Las contribuciones occidentales al estudio de los movimientos sociales han tendido a ser cada vez más ambivalentes o desilusionadas.***

---

Unidos, movimientos urbanos y nuevos movimientos sociales (colectivos de negros, homosexuales...) han caminado con frecuencia unidos, pero no han sido capaces de generar alternativas políticas globales. El interés de los estudiosos se ha centrado en analizar los procesos de intercambio social existentes en los barrios negros, en las áreas suburbanas y en proceso de desurbanización, en ciudades con culturas peculiares (San Francisco).

Si se reconoce que en Estados Unidos solamente un movimiento político puede establecer un contexto para movilizaciones más poderosas en los niveles urbanos, hipótesis que dispone de pocas posibilidades reales de hacerse realidad, se observa, sin embargo, que han surgido investigaciones y análisis que muestran cómo comunidades que rápidamente han entrado en un proceso de suburbanización, han visto fortalecerse las redes de solidaridad vecinal cuando existía homogeneidad entre la población. En aquellos barrios como Brooklyn, donde ha habido un soporte institucional para la comunidad negra de bajos ingresos residente en la misma, se ha asistido a un importante crecimiento de la organización interna de la sociedad y del asociacionismo, que ha permitido que muchos de sus promotores hayan usado esta experiencia como catalizador para su entrada en la arena política como líderes de la comunidad.

En Canadá, los cambios en las relaciones entre el Estado y la sociedad que ocurrieron en los años 70 han modificado la estructura de los movimientos sociales urbanos. En la medida en que se han articulado políticas de

---

*En España, de defenderse  
de las ciudades se  
pasó a construir  
la ciudad.*

---

corrección de los problemas urbanos, en la medida en que han crecido las burocracias y el Estado ha dejado de ser visto como un proveedor benevolente, en la medida en que los movimientos populares han conseguido introducir sus propuestas dentro de las políticas sociales, en esa medida se ha diluido el movimiento ciudadano. Disolución que ha venido acompañada, por el contrario, de un incremento de las actividades en favor de Organizaciones No Gubernamentales que trabajan en el ámbito de lo individual, de la prestación de servicios a los sujetos.

Pero el mayor interés de las aportaciones en lengua inglesa no ha estado en los Estados Unidos ni en Canadá, sino que se ha dirigido a los lugares de mayor conflicto y movilización popular, esencialmente el sur de Africa, el Cuerno Africano. Las investigaciones han oscilado desde el análisis del papel que los curanderos juegan como mediadores frente a la tensión social, hasta el estudio de la constitución de asociaciones de acción voluntaria que han hecho posible el tránsito de lo apolítico a lo político, que han permitido mediar entre las comunidades y el gobierno, unir las tradiciones con las autoridades modernas, servir como agentes de socialización para los comportamientos políticos modernos.

En términos generales, se podría afirmar que las contribuciones occidentales al estudio de los movimientos sociales han tendido a ser, con el paso del tiempo, cada vez más ambivalentes o desilusionadas, que en el mundo menos desarrollado las contribuciones han

sido dogmáticas o estrechamente empíricas, y que en el Tercer Mundo las contribuciones han revelado un compromiso político, una activa implicación de las investigaciones con la transformación de la realidad<sup>6</sup>.

Está emergiendo una nueva producción teórica sobre los movimientos y actores sociales esencialmente en Latinoamérica y, en los últimos años, en el Este de Europa. Brasil, México, Argentina, Perú... pero también Yugoslavia, Hungría, Polonia muestran nuevas tendencias.

En Brasil las condiciones de recesión económica, la carencia de recursos públicos, han conducido a nuevas formas de representación política y de participación social. La apertura de las administraciones locales a una mayor extensión de la ciudadanía, en una sociedad con profundos autoritarismos y tradiciones clientelares, se ha encontrado con múltiples dificultades. Por ello, los actos de violencia, de protesta, han continuado.

En México, que vivió un período rápido de urbanización tras el proceso revolucionario, se observa cómo se está produciendo una modificación del rol integrador del Estado a favor de una débil sociedad civil, cómo no aparecen nuevos sujetos políticos de amplia identificación popular, cómo se generan vacíos, identidades restringidas, que están dando lugar a la proliferación de Organizaciones No Gubernamentales en línea con los países del norte de América.

En Rumania, en Yugoslavia, y en menor medida en Hungría, la R.D.A., Polonia, etcétera, están emergiendo nuevos movimientos sociales urbanos de manera impredecible, territorialmente fragmentados, carentes del necesario nivel de organización como para hacer surgir y permitir nuevos cambios.

Hablar de movimientos vecinales y comunitarios, de movimientos sociales urbanos, es hablar siempre de realidades eco-

nómicas y culturales distintas según se mire a los países europeos más avanzados socialmente, con un Estado democrático consolidado y descentralizado, con importantes logros sociales y con un nivel de desarrollo elevado, en el que la conflictividad y la movilidad social están canalizados; o según dirijamos nuestras miradas a países donde los efectos de un urbanismo incontrolado o de unas dictaduras prolongadas han hecho surgir profundas situaciones de desigualdad, en unos casos, o han impedido la aparición y presencia activa de actores sociales, en otros.

En España, el movimiento vecinal y urbano se inicia en los años 60, cuando los vecinos reivindican un realojamiento alternativo a las chabolas, una vivienda en el mismo barrio a cargo del Estado, siempre a través de líderes carismáticos que se mueven en entornos comunitarios (la parroquia, la comunidad de vecinos...). El crecimiento económico de los años 60 y 70, con su urbanismo salvaje, originó demandas de mayor calidad en la vivienda y en los equipamientos colectivos, demandas que, al estar sometidas al marco político autoritario existente, amplían su contenido y se orientan, con el paso del tiempo, a la lucha contra la especulación en los barrios antiguos de las ciudades, por la rehabilitación de las viviendas, del entorno y de los monumentos históricos, por la recuperación de las fiestas y tradiciones populares en busca de una nueva identidad cultural e histórica de la ciudadanía, extendiéndose a finales de los 70 hacia reivindicaciones de los sectores medios de la población en los extraradios residenciales.

El movimiento urbano y vecinal de nuestro país nació en los barrios marginales, se fue extendiendo hacia los barrios populares y hacia espacios interclasistas buscando una redistribución más equitativa del espacio y de la vivienda, una extensión de la democracia y de la participación. No se parecía a los movimientos de acción di-

---

***Aparece una nueva conceptualización sobre los movimientos vecinales como fenómeno que desborda los canales institucionales y obliga a renovar las ofertas.***

---

recta, ni a las comisiones de moradores, ni a los *squatters*, todas ellas acciones desesperadas ante situaciones de emergencia.

Los movimientos vecinales de nuestro país tuvieron como base común el territorio, fueron capaces de ponerse de acuerdo en campañas sectoriales de alojamiento, educación y transportes, de organizarse de forma interclasista incorporando al movimiento vecinal profesionales cualificados, de establecer una relación fluida con los medios de comunicación y con los partidos políticos.

La auténtica eclosión de aquel movimiento urbano y vecinal fueron los primeros ayuntamientos democráticos, tras las elecciones de 1979, que dieron un nuevo impulso a la ciudad, a los procesos de participación y de mejora de la calidad de vida de los barrios, acercando espontáneamente al ciudadano a la gestión municipal.

Muchos de los actores de aquellos movimientos urbanos son hoy concejales, alcaldes o presidentes de la Diputación, hombres y mujeres que en los primeros momentos han tenido que sanear las haciendas locales en bancarrota, planificar el desarrollo urbano con criterios de interés colectivo, construir muchas escuelas y centros de salud, crear centros socioculturales y edificar polideportivos, acondicionar parques y jardines, rehabilitar centros históricos e invertir masivamente en infraestructuras de circulación y de transporte. De «defenderse de las ciudades» se pasó a «construir la ciudad».

De ese profundo proceso son testigos las hemerotecas que acumulan, entre los años 77 y 83, el mayor número de artículos y publicaciones sobre los movimientos urbanos, planificación y descentralización, etcétera. A partir de 1985 las aportaciones se reducen, se habla más de «convivencia y participación en los barrios», «animación sociocultural», «incorporación de voluntarios». Sólo en Cataluña se habla de «hegemonías» o en Andalucía de «redes de intercambio social». En años posteriores, en el inicio de la década de los 90, se vuelve a retomar el significado de la participación ciudadana en las grandes metrópolis.

Pero ahora empieza a aparecer una nueva conceptualización sobre los movimientos vecinales, los movimientos sociales urbanos, como una corriente que atraviesa las ciudades, que lleva a la palestra la búsqueda de alternativas a conflictos no resueltos, que revela nuevas necesidades sociales y demandas de los colectivos. Los movimientos sociales aparecen así como un fenómeno que desborda los canales institucionales y plantea la necesidad de renovación de las ofertas.

Recientemente asistimos a un resurgimiento del movimiento vecinal cada vez más ligado a problemas de drogodependencias, racismo y xenofobia, que si bien para unos son una provocación simplemente, para otros son el reflejo del malestar social en los barrios periféricos de las grandes ciudades de sociedades postindustriales y desarrolladas.

---

***En los años ochenta se consolida una nueva «división social» del bienestar en gran número de países europeos.***

---

¿De qué estarían hablando los vecinos de Villaverde, o de otros barrios periféricos de las grandes ciudades, cuando se movilizaban en torno a los efectos del fenómeno de la droga en sus hijos? Si habían luchado durante años por conseguir unas ciudades dignas, con mayores infraestructuras y servicios, ¿cómo después de ese esfuerzo iban a permitir que sus hijos cayesen en manos de las redes del tráfico de drogas?

Desde esta perspectiva los nuevos movimientos sociales estarían hablando de necesidades sociales y culturales en los barrios, de trabajo para los jóvenes, de participación y articulación de alternativas con mayor presencia ciudadana, entre otras demandas.

### **Estado de bienestar, tejido asociativo y ONGs**

Si se dirige una mirada a las investigaciones en torno al llamado «tejido asociativo» se observa que en los países anglosajones hay un predominio de la participación individual a través de las Organizaciones No Gubernamentales; en los países del norte de Europa, donde el papel y peso de las Administraciones Públicas y del Gobierno es determinante, el voluntariado se organiza a través del Municipio en torno a consejos y comisiones de participación en la gestión de la ciudad; en el sur de Europa, con un Estado de bienestar menos desarrollado, el peso de los movimientos sociales y urbanos es mayor; en Latinoamérica y en el continente africano, el movimiento ciudadano es capaz de articularse políticamente y generar alternativas.

Si el modelo anglosajón ha potenciado las Organizaciones No Gubernamentales como espacio para el intercambio social, el modelo norteeuropeo ha impulsado los servicios públicos en el municipio participados por el ciudadano, la experiencia de los

países del sur de Europa puede hacer posible una profundización de la democracia, de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado, facilitando la relación fluida entre los movimientos sociales y las Organizaciones No Gubernamentales.

La forma de evitar los peligros que trae consigo en la gestión pública el exceso de burocracia, o la tendencia al autoritarismo, es articular una relación Estado-ciudadano que vaya más allá de la solución concreta a la demanda puntual (modelo de relación directa con el ciudadano-cliente) y hacer posible una tensión creadora entre los movimientos sociales y el Estado democrático, en la medida en que éstos son capaces de recoger socialmente el malestar de la población y abrir vías para su conocimiento y para la articulación de respuestas.

En España, la consolidación del Estado de bienestar ha venido marcada por la universalización de los derechos a la educación, a la salud y a las pensiones en una década, los 80, en la que los Estados de bienestar han vivido una «crisis de desarrollo» que se ha traducido en una reorganización de los modos de gestión, el asumir un mayor pluralismo en la intervención, una mayor presencia de la iniciativa social, una mayor demanda de que los actores sociales ocupen «su espacio» y asuman solidariamente la cuota de responsabilidad que a cada uno corresponde. Este proceso de mayor pluralismo se ha producido tras un retroceso del sentido reformador profundo que tenía la política de bienestar en los 60.

El retroceso del impulso reformador de los Estados de bienestar en los años 70 y 80 viene marcado por un período histórico en el que el discurso del «fin de las ideologías» en lo político e ideológico, del «monetarismo» en economía, o del «posmodernismo» en los ámbitos de la cultura, se ha traducido en un impulso a la política de rentas frente a los servicios y en un estímulo a lo individual

frente a lo colectivo, originando una nueva división social del bienestar.

En los 80 se consolida una nueva «división social» de bienestar en gran número de países europeos en cuyos niveles extremos se observa una clara distancia entre el Estado del bienestar dirigido a las clases medias, a los trabajadores cualificados, y el llamado Estado «asistencial» dirigido a través de una cobertura de ingresos mínimos, hacia algunos colectivos específicos.

#### **«GRUPOS SOCIALES» EN EL ESTADO DE BIENESTAR**

Bienestar	1. Funcionarios 2. Clases medias urbanas Trabajadores cualificados 3. Pensionistas
Asistencia	4. Rentas mínimas y acceso mínimo 5. Parados Prestaciones asistenciales
Control	6. Excluidos sociales: inmigrantes gitanos drogadictos

Durante dicha década se estaría asistiendo a la creación de un mercado productor de bienestar hacia arriba, fundamentado en la oferta de calidad de servicios, y de un mercado productor hacia abajo, basado en los conciertos de actuación, en unos casos, y en el desarrollo de Organizaciones No Gubernamentales que actúan generalmente en los márgenes sociales. Hacia el primer sector se dirigirá la iniciativa privada.

#### **Las ONGs, la lógica del mercado y los procesos de desigualdad**

Desde las diferentes administraciones públicas, de la administración central, las comunidades autónomas y ayuntamientos, se

---

***Articular la solidaridad individual con las nuevas demandas que expresan la aparición de movimientos vecinales, es profundizar la democracia.***

---

está apostando en los últimos años por la generación de Organizaciones No Gubernamentales sólidas en un país y en una sociedad con una larga historia de autoritarismo, cuya vertebración social ha sido escasa, en unos momentos históricos donde el discurso de búsqueda de niveles individuales de riqueza y de bienestar, el ciclo individualista de Hirschman en lo político, es determinante.

El impulso a las Organizaciones No Gubernamentales, a las entidades sin fin de lucro, a las fundaciones, con el ánimo de asentar un tejido asociativo plural, democrático y eficaz, capaz de corresponsabilizarse en la gestión de las políticas sociales, se ha realizado en un período temporal donde el fenómeno del paro ha facilitado que el tejido asociativo haya incorporado un gran número de profesionales en busca de empleo.

Se ha ido constituyendo un tejido asociativo esencialmente profesionalizado, que todavía puede crecer y consolidarse a través de una mejor articulación en la participación de los voluntarios, y de una mejor escucha y sintonía con las iniciativas y demandas de los movimientos ciudadanos. Un tejido asociativo cada vez más prestador de servicios a los ciudadanos, más profesionalizado, puede correr el peligro de ser más una alternativa a los propios servicios públicos, a la prestación de los servicios públicos, que un factor de participación y protagonismo del voluntariado, o articulador de respuestas a necesidades colectivas de la población.

Solamente cuando las intervenciones dentro de una comunidad son rigurosas y respetuosas con sus demandas y necesidades, es posible articular un fluido diálogo entre las Organizaciones No Gubernamentales y los responsables municipales, los movimientos sociales vecinales y asociativos existentes en la propia comunidad, haciendo que los nuevos recursos y servicios prestados por las ONGs fortalezcan redes y canales naturales de convivencia, de solidaridad, en lugar de situarse en el espacio de éstas, sustituyéndolas y suplantándolas.

Articular la solidaridad individual, entendida como aportación económica o como aportación de un esfuerzo y dedicación a tareas voluntarias, con las nuevas demandas que expresan la aparición de movimientos vecinales, es un reto de profundización de la democracia, de fortalecimiento de redes asociativas, de consolidación del tejido social.

Cuando se mira a algunas grandes ciudades del mundo que fueron imagen de la innovación en décadas anteriores y se ven los efectos de las políticas neoliberales en sus poblaciones y en la vida de los ciudadanos, se observa el incremento del número de parados sin expectativa de trabajo, el aumento de las familias pobres cuya cabeza es la mujer, la precarización del empleo entre los jóvenes de las clases trabajadoras, las dificultades de incorporación de las minorías étnicas, la agudización, en suma, de la desigualdad, y el crecimiento de las economías asistidas, informales y/o delictivas.

Solamente aquellos países con una fuerte democracia política, con una creciente participación ciudadana y con una redistribución de la riqueza social, económica y cultural, a partir de las necesidades y demandas planteadas por los ciudadanos, están dando respuesta a las nuevas ten-



dencias estructurales de la economía globalizada e informatizada cuya lógica es incrementar los procesos de desigualdad.

Alain Touraine decía recientemente que las sociedades occidentales se encontraban frente a las clases más desprotegidas en un estado transitorio entre el conflicto y la movilidad social, de un lado, y el diferencialismo, de otro, un diferencialismo que podría desembocar en casos extremos en los fenómenos de racismo.

Para que las ONGs trabajen lo social, no sólo desde una perspectiva individualizada, es necesario que se articulen con las demandas de los movimientos sociales.

### **El intercambio social**

Cuando se echa una mirada al pasado, cuando se visitan bibliotecas y hemerotecas, se consultan centros y bases de datos, se observa que hace apenas una quincena de años la prioridad en el discurso social de aquellos que trabajaban o investigaban en el ámbito del bienestar era la búsqueda de mayores niveles de bienestar colectivo, de mayor espacio a la «subjetividad» (clases, movimientos sociales, colectivos...). En apenas una quincena de años el predominio del discurso «economicista» ha situado al intercambio social como un aspecto irrelevante, residual en algunos casos o de acompañamiento en otros.

Los saberes que dan base a los discursos de la «objetividad» (el liberalismo y el marxismo), que sitúan a lo económico como elemento «sobredeterminante» en la producción de lo social, dieron respuesta a los problemas de crecimiento económico del inicio del industrialismo, a los problemas de paro y miseria aguda que aparecieron con el surgimiento y consolidación del capitalismo industrial, articulando programas de protección social, de desarrollo de derechos ci-

viles allí donde se alcanzó un mejor equilibrio entre clases.

Pero dichos saberes resultan insuficientes para enfrentarse al nuevo malestar social que surge en las sociedades avanzadas y postindustrializadas, malestar social que tiene que ver con las dificultades para profundizar en la democracia (a veces la democracia aparece como un «sobrediscurso» sin base social real al no haber un mayor reparto y equilibrio entre clases); con las nuevas desigualdades sociales que han surgido y que afectan esencialmente a los jóvenes, las mujeres, los ancianos y los inmigrantes; con los nuevos fenómenos de dependencia y pasividad (incremento de las adicciones a sustancias, a objetos y máquinas de juego...); con el crecimiento «sin sentido» que se vive a escala internacional, en su doble perspectiva de desequilibrio ecológico y de diferencias Norte-Sur.

Algunos autores<sup>7</sup> han planteado la disminución, el no aprovechamiento de las capacidades productivas e intelectuales de los jóvenes y de los adultos, la pérdida de su potencial transformador, fruto de la falta de trabajo o del paro, acompañadas de presiones para la aceptación de la ayuda asistencial.

La referencia a la «crisis económica cíclica» como factor de persuasión ante la presión social a la «crisis democrática» por causa del fenómeno del terrorismo, de las dificultades financieras para desarrollar políticas locales efectivas que extiendan la de-

---

***El malestar social que surge en las sociedades avanzadas tiene que ver con las dificultades para profundizar en la democracia.***

---

mocracia al terreno de lo social, han favorecido y producido un «distanciamiento de las instituciones de la sociedad civil» y la «restauración de métodos privados de gestión».

Habermas llega a sostener que las formas de vida de los ciudadanos, cada vez más monetarizadas y burocratizadas, no han venido acompañadas de una modernización de las relaciones sociales en su conjunto, de las formas socioculturales de vida. Ese predominio de lo monetario como única economía que sitúa la satisfacción del bienestar en lo cuantitativo, no permite considerar las diferentes «deseconomías», no tiene capacidad para retomar el malestar social como motor de una dialéctica permanente malestar-bienestar, que ha permitido históricamente avanzar a las sociedades, a las personas y a los colectivos.

El influjo de lo «económico» ha llegado a ser tan «sobredeterminante», que los propios análisis de los sectores progresistas sobre el escenario internacional han llevado a considerar a un conjunto de países «irrelevantes», al no tener espacio en el intercambio económico y quedar marginados de los circuitos productivos, sin preguntarse nunca qué pasa con el intercambio social en esas sociedades, con el modo de articulación de los conflictos, con las redes de relaciones e intercambios.

En ese sentido, en el del bienestar medido exclusivamente en términos cuantitativos y economicistas, hay poca capa-

---

***Recuperar un mayor espacio para el intercambio social lleva a escuchar las necesidades que laten en las reivindicaciones del nuevo movimiento ciudadano.***

---

cidad de respuesta al nuevo malestar social, hay pocas posibilidades de vertebrar la sociedad. Las ciencias del saber «objetivo» necesitan el aporte de otros saberes: el estructuralismo de Levi Strauss o la «teoría del don» de Marcel Mauss, por ejemplo, y de otras disciplinas (la sociología, psicología social, antropología...), para situar el intercambio social en una dimensión más rica, compleja y menos atada al fetiche «mercancía».

## **Síntesis**

Las estrategias para favorecer la participación que se iniciaron con la eclosión de los ayuntamientos democráticos se han ido centrando, con el transcurrir de los años, en la búsqueda de soluciones concretas a la demanda puntual de cada ciudadano, mediante mecanismos cada vez más refinados de información, gestión, relación y comunicación.

Pero más allá de la demanda individual existen un conjunto de necesidades sociales que pasan desde el terreno de lo individual-familiar a lo grupal de amistad, la vecindad, la comunidad, constituyendo redes naturales de intercambio social (individuos, grupos, instituciones, comunidades) que se superponen a la oferta institucional.

El resurgir de un nuevo movimiento asociativo vecinal en algunos barrios periféricos de las grandes ciudades, es la expresión de un conflicto latente entre la intervención del Estado y las Administraciones Públicas, de un lado, y las demandas ciudadanas de otro, que abre vías para entender nuevas necesidades sociales y vertebrar nuevos proyectos de cooperación entre lo público y los ciudadanos, entre lo público y los colectivos sociales.

La inexistencia de programas y proyectos de cooperación entre las entidades públicas-

ONGs-movimientos ciudadanos, la escasa presencia de organismos de representación y mediación en el territorio para articular respuestas (consejos, juntas) ante las necesidades colectivas de grupos de ciudadanos, etcétera, radicaliza los conflictos y desaprovecha las potencialidades de los movimientos sociales urbanos, de las ONGs y asociaciones, de las redes naturales de convivencia y solidaridad.

---

(1) La escasa duración de la experiencia republicana y la consideración de la Guerra Civil como una «tragedia nacional», un pasado que ha sido no tanto denunciado como silenciado, señalaría las dificultades sociales para la resolución de los conflictos, la falta de confianza en el resultado de un «buen conflicto», que lleva a plantear dicotomías paralizantes, un pensamiento dicotómico sin posibilidad de dialéctica: bienestar/malestar, crecimiento económico/ desigualdad social, salud/enfermedad..., negando el polo generador del conflicto (malestar, desigualdad social, enfermedad).

(2) Véase Babiano y Moscoso, «Los conflictos sociales en fase depresiva ante la adop-

Recuperar un mayor espacio para el intercambio social lleva a escuchar atentamente las necesidades que laten en las reivindicaciones del nuevo movimiento ciudadano, a coordinar en el territorio los recursos disponibles: equipamiento e instituciones públicas, fundaciones, asociaciones y ONGs, en la búsqueda de soluciones a los problemas que plantean los ciudadanos, buscando una mayor participación de los mismos en su resolución.

ción de políticas de ajuste». *Zona Abierta*, 56, 1991.

(3) Véase M. Castells y su amplia producción. Entre ella, *La ciudad y las masa. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Alianza, 1986.

(4) Véase Alain Touraine, *Movimientos sociales de hoy*. Qué hacer editorial, 1991.

(5) Michel Wierkova, «Trois modeles de mouvements urbains». *Revue de l'institute de Sociologie*. Belgium, 1986.

(6) Albertsen, Tonboe, Panjwani, *International Journal of Urban and Regional Research*, 1987.

(7) Paolo Federighi, *Organismos democráticos de base en Italia*. I Congreso de Movimientos Vecinales. Sevilla, 1991.